

Arte y estética

“Esta obra está dedicada a la estética, es decir, a la filosofía, a la ciencia de lo bello, y más concretamente a lo bello artístico, con exclusión de lo bello natural (...) lo bello artístico es superior a lo bello natural, porque es un producto del espíritu. Al ser superior el espíritu a la naturaleza, su superioridad se comunica igualmente a sus productos, y, por consiguiente, al arte. Por ello, lo bello artístico es superior a lo bello natural. Todo lo que procede del espíritu es superior a lo que existe en la naturaleza (...) Lo que existe sólo existe en la medida en que es espiritualidad ” (*Estética*. “Introducción”. Trad. de Ricardo Mazo, Barcelona, Península, 1985 ss, pp. 9-11)

“En el arte disponemos de un modo de manifestación particular del espíritu. El arte es una forma particular bajo la cual el espíritu se manifiesta.” (*IE*, p. 17)

“El más alto destino del arte es el que le es común con la religión y la filosofía. Como éstas, es un modo de expresión de lo divino, de las necesidades y exigencias más elevadas del espíritu. Lo hemos dicho más arriba: los pueblos han depositado en el arte sus ideas más sublimes, y constituye a menudo para nosotros el único medio para comprender la religión de un pueblo. Pero difiere de la religión y de la filosofía por el hecho de que posee el poder de dar a estas ideas elevadas una representación sensible que nos las hace accesibles. (...) las obras artísticas, que constituyen el primer anillo intermedio destinado a relacionar lo exterior, lo sensible y lo perecedero con el pensamiento puro, a conciliar la naturaleza y la realidad acabada con la libertad infinita del pensamiento comprensivo (*IE*, pp. 36-7)

“La obra de arte (...) sólo es obra de arte porque es espiritualidad, porque ha recibido el bautismo del espíritu y representa algo que participa del espíritu, que es atributo del espíritu.

La obra de arte, pues, procede del espíritu y existe por el espíritu, y su superioridad consiste en que si el producto natural es un producto dotado de vida, es perecedero, mientras que una obra de arte es una obra que perdura. La duración

presenta un interés más grande. Los acontecimientos llegan, pero tras producirse se desvanecen; la obra de arte les confiere duración, los representa en su verdad imperecedera. El interés humano, el valor espiritual de un acontecimiento, de un carácter individual, de una acción, en su evolución y en su terminación, son captados por la obra de arte, que los hace resurgir de una forma más pura y transparente que en la realidad corriente, no artística. Por esto la obra de arte es superior a cualquier producto de la naturaleza que no ha efectuado este paso por el espíritu. De esta forma el sentimiento y la idea que en pintura han inspirado un paisaje, confieren a esta obra del espíritu un rango más elevado que el del paisaje tal y como existe en la naturaleza. Todo lo que pertenece al espíritu es superior a lo que existe en estado natural. Y no olvidemos que ningún ser natural representa los ideales divinos, que únicamente las obras de arte son capaces de expresar. (...) En el espíritu, lo divino se manifiesta bajo la forma de la conciencia y a través de la conciencia. (...) Este malentendido, según el cual la obra de arte sería únicamente obra humana, debe ser eliminado. Dios actúa en el hombre de una forma más de acuerdo a la verdad que en el terreno de la naturalidad pura y simple” (*IE*, pp. 70-1)

“La obra de arte es un medio gracias al cual el hombre exterioriza lo que es” (*IE*, p. 72)

“La necesidad del arte general tiene, pues, esto de racional: que el hombre, al ser consciente, se exterioriza, se desdobra, se ofrece a su propia contemplación y a la de los otros. Por medio de la obra de arte, el hombre, que es su autor, intenta exteriorizar la conciencia que tiene de sí mismo.” (*IE*, p. 73)

“El punto principal es éste: el sentimiento es subjetivo, pero la obra de arte debe tener un carácter de universalidad, de objetividad. Al contemplarla, debo poder hundirme en ella, hasta olvidarme de mí mismo; pero el sentimiento tiene siempre un lado particular, y por ello los hombres sienten tan fácilmente. La obra de arte debe, como la religión, hacernos olvidar lo particular, cuando la examinamos” (*IE*, 75)

“Lo que buscamos en el arte, lo mismo que en el pensamiento, es la verdad. En su apariencia misma, el arte nos hace entrever algo que supera a la apariencia: el pensamiento” (*IE*, p. 34)

“Ahora bien, el arte y sus obras, al nacer del espíritu y ser engendradas por él, son de naturaleza espiritual, mientras que su representación adopta una apariencia sensible, si esta apariencia está impregnada de espíritu. En este sentido, el arte está más próximo al espíritu y a su pensamiento que la naturaleza exterior inanimada e inerte. (...) Por esta razón, la obra de arte, en la cual el pensamiento se enajena a sí mismo, forma parte del terreno del pensamiento conceptual, y el espíritu, al someterla al examen científico, no hace más que satisfacer la necesidad de su naturaleza más íntima” (*IE*, pp. 28-9)

Las formas de la verdad

“Lo bello interviene en todas las circunstancias de nuestra vida; es el genio amigo que encontramos en todas partes. Al buscar únicamente alrededor nuestro dónde, cómo, y bajo qué forma se nos presenta, encontramos que en el pasado estaba relacionado, por lazos de lo más íntimo, con la religión y la filosofía. Principalmente, hallamos que el hombre se ha servido siempre del arte como un medio para tener conciencia de las ideas e intereses más sublimes de su espíritu. Los pueblos han depositado sus concepciones más elevadas en las producciones del arte, las han manifestado y han tomado conciencia de ellas por medio del arte. La sabiduría y la religión están concretadas en las formas creadas por el arte, quien nos ha entregado la clave gracias a la cual estamos en condiciones de comprender la sabiduría y la religión de muchos pueblos. En muchas religiones, el arte ha sido el único medio del que la idea nacida en el espíritu se ha servido para convertirse en objeto de representación” (*IE*, p. 12)

Reflexividad externa a la obra: la necesidad de la filosofía del arte

“La filosofía del arte constituye un anillo necesario en el conjunto de la filosofía. Considerada desde este punto de vista, sólo puede ser comprendida a la luz del conjunto” (*IE*, 16)

“A esto se puede añadir que nuestra época nos facilita nuevas razones que justifican la aplicación al arte del punto de vista del pensamiento. Estas razones se desprenden de las relaciones que se han establecido entre el arte y nosotros, el nivel y la forma de nuestra cultura. Para nosotros el arte no tiene ya el alto destino de que gozaba en otro tiempo. Se ha convertido para nosotros en objeto de representación, y ya no tiene esa proximidad, esa plenitud vital o esa realidad que tenía en la época de su florecimiento entre los griegos. Podemos lamentar que la sublime belleza del arte griego o el concepto, el contenido de esta buena época, sean para nosotros cosas desaparecidas; se puede explicar por el aumento de las dificultades de la vida, aumento debido a la incrementada complejidad de nuestra vida social y política, y se puede lamentar que nuestra atención haya sido absorbida por mezquinos intereses y puntos de vista utilitarios, lo cual ha hecho perder al alma la serenidad y la libertad que únicamente pueden hacer posible el goce desinteresado del arte. (...) Lo que exigimos de una obra de arte es que participe de la vida (...). Pero como nuestra cultura no está caracterizada por un desbordamiento de vida y como nuestro espíritu y nuestra alma no pueden ya encontrar la satisfacción que producen los objetos animados con un soplo de vida, se puede decir que al situarnos en el punto de vista de la cultura, de *nuestra* cultura, ya no estamos en condiciones de apreciar el arte en su justo valor, de darnos cuenta de su misión y de su dignidad.

El arte no suministra ya, a nuestras necesidades espirituales, la satisfacción que otros pueblos han buscado y encontrado. Nuestras necesidades y nuestros intereses se han desplazado a la esfera de la representación y, para satisfacerlos, debemos recurrir a la reflexión, a los pensamientos, a las abstracciones y a las representaciones abstractas y generales. Por ello, el arte no ocupa ya, en lo que hay verdaderamente vivo en la vida, el lugar que ocupaba en el pasado, y su lugar ha sido llenado por las representaciones generales y las reflexiones. Por ello, hoy día, nos vemos inclinados a las reflexiones y a los pensamientos relacionados con el arte. El arte mismo, tal y

como es en nuestros días, está destinado a ser un objeto de pensamientos.” (*IE*, pp. 29-31)

“La obra de arte es, pues, incapaz de satisfacer nuestra última necesidad de lo absoluto. Hoy en día no se venera ya una obra de arte, y nuestra actitud con relación a las creaciones del arte es mucho más fría y reflexiva. En su presencia, nos sentimos mucho más libres que en otro tiempo, cuando las obras de arte eran la expresión más elevada de la idea. La obra de arte solicita nuestro juicio; sometemos su contenido y la exactitud de su representación a un examen concienzudo. Respetamos el arte, lo admiramos; ya no vemos en él manifestación íntima de lo absoluto, porque el arte es algo superado; le sometemos al análisis de nuestro pensamiento y esto no con la intención de provocar la creación de obras de arte nuevas, sino más bien con el fin de reconocer la función propia del arte y su lugar en el conjunto de nuestra vida.

Los buenos tiempos del arte griego y la edad de oro del final del Edad Media están superados. Las condiciones generales de los tiempos actuales no son muy favorables al arte. El artista mismo no sólo está desconcertado y contaminado por las reflexiones que oye formular a su alrededor, por las opiniones y juicios corrientes acerca del arte, sino que toda nuestra cultura espiritual es tal que le es imposible, incluso con esfuerzo de voluntad y decisión, abstraerse del mundo que actúa a su alrededor y de las condiciones en que se encuentra comprometido, a menos que rehaga su educación y se retire de este mundo en busca de una soledad donde pueda volver a encontrar su paraíso perdido.

Bajo todas estas relaciones, el arte es para nosotros, en cuanto a su suprema destinación, una cosa del pasado. Por ello, ha perdido para nosotros todo lo que tenía de auténticamente verdadero y vivo, su realidad y su necesidad de otros tiempos, y se encuentra a partir de ahora relegado en nuestra representación. Lo que una obra de arte suscita hoy en nosotros es, al mismo tiempo que una satisfacción directa, un juicio que abarca tanto el contenido como los medios de expresión y el grado de adecuación de la expresión al contenido.” (*IE*, pp. 37-8)

“Hoy en día se oye hablar menos del gusto, pues el gusto como medio de aprehensión y de juicio inmediatos no conduce muy lejos y es incapaz de ahondar en una obra. La obra exige un juicio profundo; el gusto y el sentimiento sólo permanecen en la superficie y se contentan con reflexiones abstractas. Por ello el gusto se fija en los detalles, a fin de que haya acuerdo entre éstos y el sentimiento, y teme la profundidad de la impresión que puede producir el conjunto. Lo que le interesa al gusto son los aspectos, exteriores, secundarios y accesorios de la obra. Los grandes caracteres, las grandes pasiones pintadas por el poeta son sospechosos para el gusto; su amor por las cosas vulgares no se ve satisfecho por ello. El gusto retrocede y desaparece ante el genio.

Se ha renunciado, pues, a esta empresa de formar el gusto para intentar adquirir un juicio basado en la obra misma y en sus aspectos. De esta manera se ha llegado a una fase más avanzada, la del experto. El hombre de gusto ha cedido su puesto al conocedor. Ahora bien, el conocedor puede muy bien, también él, limitarse al lado puramente exterior, técnico e histórico, sin sospechar nada de la profunda naturaleza de la obra de arte. Puede dar más valor al aspecto histórico que al profundo. Pero el ser experto supone al menos la existencia de ciertos conocimientos que se extienden a todos los aspectos de la obra; implica la reflexión acerca de una obra de arte, mientras que el gusto se limita a una contemplación puramente exterior.”(IE pp. 76-7)

Funciones y necesidad del arte

“De una forma general, el objetivo del arte consiste en hacer accesible a la intuición lo que existe en el espíritu humano, la verdad que el hombre abriga en su espíritu, lo que conmueve al pecho humano y agita al espíritu humano. Esto es lo que el arte debe representar, y lo hace por medio de la apariencia que, como tal, nos es indiferente, desde el instante en que sirve para despertar en nosotros el sentimiento y la conciencia de algo superior. De esta manera, el arte informa al hombre acerca de lo humano, despierta sentimientos adormecidos, y nos pone frente a los verdaderos intereses del espíritu. Vemos así cómo el arte actúa removiendo, en su profundidad,

riqueza y variedad, todos los sentimientos que actúan en el alma humana, e integrando en el campo de nuestra experiencia lo que ocurre en las regiones íntimas de este alma. *Nihil humani a me alienum puto*: ésta es la divisa que se puede aplicar al arte. (...) Lo que importa es que el contenido que tenemos delante despierte en nosotros sentimientos, inclinaciones y pasiones; pero que este contenido nos sea facilitado a través de la representación o que lo conozcamos porque lo hayamos intuido en la vida real, es un hecho completamente indiferente a este respecto. Podemos quedar tan fuertemente afectados, zarandeados y agitados por la representación como por la percepción. Todas las pasiones, amor, alegría, cólera, odio, piedad, angustia, miedo, respeto y admiración, sentimiento del honor, amor a la gloria, etc., pueden invadir nuestra alma bajo la acción de las representaciones que recibimos del arte. El arte puede evocar en nosotros y hacer sentir a nuestra alma todos los sentimientos, y con razón se ve en este efecto la manifestación esencial del poder y la acción del arte e, incluso, como se piensa a menudo, su objetivo final.

El arte utiliza la gran riqueza de su contenido, por un lado, para completar la experiencia que tenemos de nuestra vida exterior y, por otro, para evocar, de una forma general, los sentimientos y pasiones que acabamos de enumerar, a fin de que las experiencias de la vida no nos encuentren insensibles, de que nuestra sensibilidad continúe abierta a todo lo que ocurre fuera de nosotros. Ahora bien, esta sensibilización la obtiene el arte no con la ayuda de experiencias reales, sino únicamente por su experiencia, sustituyendo gracias a una ilusión la realidad de sus producciones. (...) El hombre es capaz de representar se objetos que no son reales como si efectivamente lo fueran.

Evocar en nosotros todos los sentimientos posibles, hacer que entren en nuestra alma todos los contenidos vitales, y realizar todos estos movimientos internos con la ayuda de una realidad exterior que sólo tiene las apariencias de realidad, es en lo que consiste el poder particular, el poder por excelencia del arte.

Insistimos una vez más en este punto: el arte ejerce sobre el alma y los sentimientos la acción que acabamos de describir, sea cual fuere el contenido que exprese. Despierta los sentimientos adormecidos y es capaz de activar todas las pasiones, todas las tendencias y todas las inclinaciones. Posee el poder de hacernos

sentir todos los males y todas las miserias, y hacernos visible el mal y el crimen. Gracias al arte, somos capaces de ser los testigos entristecidos de todos los horrores, de experimentar todos los terrores, todos los espantos, de ser sacudidos por todas las emociones violentas. El arte puede elevarnos a la altura de lo que es noble, sublime y verdadero, llevarnos hasta la inspiración y el entusiasmo, lo mismo que puede hundirnos en la sensualidad más grande, en la sensualidad más baja, ahogarnos en una atmósfera de voluptuosidad y dejarnos desamparados, aplastados por el juego de una imaginación desencadenada que actúa sin freno. Lo humano es tan rico en lo bueno como en lo malo, en las cosas sublimes como en las viles, y por ello el arte es capaz tanto de henchirnos de entusiasmo por lo bello y lo sublime como de hundirnos y exacerbarnos por medio de la exaltación de nuestro lado sensible y sensual. (...) El arte puede elevarnos o hacernos vilmente egoístas, fijarnos un mundo sensible o atraernos hacia las esferas sublimes de la espiritualidad. Así es como aparece el poder del arte”. (IE, pp. 48-50).

“Este destino puede ser definido, primero, de una manera formal; dicho de otro modo, de una manera tal que cualquier obra de arte pueda realizarlo. El arte tendría principalmente como objetivo *la lenificación de la barbarie* en general, y en un pueblo que da sus primeros pasos en la vida civilizada esta lenificación de las costumbres constituye, en efecto, el principal objetivo que tiene asignado el arte. Por encima de este objetivo está situado el de la moralización, que durante mucho tiempo había sido considerado como el más elevado” (IE, p. 51)